

Persiguiendo a las alegres comadres de Eugenio Dittborn

Un día domingo del año 1975 el artista Eugenio Dittborn, en el Mercado Pesa de Santiago, encontró un ejemplar de la revista *Sucesos* de 1927. En su interior la fotografía impresa de Berta Espinoza le provocó una gran impresión. A partir de entonces buscaría con afán la imagen monocroma de mujeres –marginales, melancólicas y hermosas; cuenteras, ladronas y proxenetas– arrancándolas de las páginas de revistas, fotocopiándolas, ampliándolas y volviéndolas a imprimir.

En esta obra, titulada *Todas las de la ley*, no está Berta Espinoza, sino el retrato fotográfico de otras ocho mujeres impreso sobre cartón gris. Mujeres doblemente capturadas: detenidas y fotografiadas. Debajo de cada rostro, su nombre, número de foto, alias, especialidad delictual, edad, estatura, color de piel, de pelo y de ojos. A veces, el lugar del crimen, otras veces su compañero de delito y en una el valor de su recompensa: 100,000 pesos. Y sobre el prontuario, con letra manuscrita y en blanco, ejercicios de caligrafía a mano alzada: frases que dan cuenta de la acción del artista, de sus procedimientos primarios o reflexiones sobre estas mujeres *rezagadas en revistas, hilvanadas en serie, perdidas en años, trasquiladas en orden, anegadas en lágrimas, repetidas en vano, recogidas en cartón y convertidas en polvo.*

El repertorio iconográfico, de las ocho comadres traspapeladas en revistas viejas, lo componen: seis delincuentes encontradas en la revista *Detective* en la Biblioteca de la Policía de Investigaciones, una empresaria del vicio escondida en la revista *Sucesos* en la Biblioteca Severín de Valparaíso y una prostituta hallada muerta en la revista *VEA* en la Biblioteca Nacional. Todas ellas, reliquias profanas descubiertas por Dittborn, son graficadas como estampas en la obra de arte que hoy nos mira.

Todas las de la ley ha sido acogida en distintos lugares y soportes desde su creación en 1980. Primero, como un obsequio del artista a su amiga Adriana Valdés, transportada en el techo de un auto desde su taller hasta la casa de la autora. Luego, colgada en las murallas de la Casa de la Mujer La Morada, donde las protagonistas de esta obra fueron cómplices y testigos del feminismo de finales de siglo. Por último, como compañeras silenciosas consagradas al arte en las salas de este Instituto. Un itinerario que ha guiado nuestro trabajo de búsqueda en el ejercicio de leer la imagen de estas mujeres tal como se leen las huellas en la escena de un crimen o las líneas de la palma de las manos, siguiendo el rastro y escrutando las pistas que ellas nos dejaron tras su paso por la historia.